

Estrada metía bulla por diez, y bailaba, y se hacia notable por su grande alegría.

Doña Ana entretanto, sin comprender lo que le habia pasado, se encontraba encerrada en una estancia de una casa que le era desconocida enteramente.

Don Enrique pensaba que Doña Ana le habia dispuesto aquella celada.

Doña Ana pensaba que aquel rapto habia sido preparado por Don Enrique.

Ninguno de los dos se acordó del Indiano.

IX.

Por la razon ó por la fuerza.

La casa de Don Cristóbal de Estrada, el amigo de Don Diego, estaba situada á la espalda del monasterio de San Francisco.

No era Estrada un hombre muy rico, pero tenia recursos para pasar en México la vida con toda comodidad. Sin padres, sin parientes cercanos, Don Cristóbal gastaba las rentas que le producía su capital, sin ocuparse de otra cosa que de galanteos y saraos.

Sin ser lo que puede llamarse un jóven, estaba aún en todo el vigor de su edad, y las muchachas veian en él un *partido* mediano; á pesar de todo, Don Cristóbal jamás habia tomado parte en ninguno de aquellos escándalos que diariamente se daban en la capital de la colonia, y todo esto lo tranquilizaba y lo hacia pensar que no seria sobre él sobre quien recayese la sospecha del rapto de Doña Ana.

Animado con estos pensamientos y fija su imaginacion en Doña Ana, Estrada miraba con ansiedad á los balcones, esperando que las luces de la aurora comenzaran á derramarse por el cielo.

Exaltado su ánimo en el sarao, y pensando que tenia en su casa, prisionera y á su disposicion, una mujer que eclipsaria á todas las hermosuras allí reunidas con solo presentarse, Estrada vió llegar el dia, y su corazon comenzó á palpitarse con mas violencia.

Los últimos grupos abandonaron el salon; Estrada salió con ellos á la calle, despidiéndose en el momento en que encontró una oportunidad, y se encaminó velozmente á su casa.

Llamó á la puerta, que permanecia aún cerrada; le abrieron, y se lanzó á la escalera, sacando de la bolsa de sus calzones una llave.

Doña Ana, fatigada por el esfuerzo de sus mismos pensamientos, habíase quedado dormida en un sitial; el ruido de una puerta que se abria la despertó.

Triste la claridad de la mañana penetraba en el aposento por una ventana cerrada con fuertes rejas.

Doña Ana dirigió la vista hácia la puerta, esperando ver entrar á Don Enrique, y disponiéndose á recibirle con enojo, verdadero ó fingido, segun le conviniera.

Pero fué Don Cristóbal el que apareció, y Doña Ana quedó abismada en un mar de conjeturas.

—Dios os guarde, bella señora—dijo Estrada.

Doña Ana no contestó.

—Habládme, hermosa—continuó Estrada:—supongo que habreis descansado muy poco; la estancia no era digna de vos; pero ¿qué quereis? no estaba yo preparado para recibirlos como mereceis; mas adelante será otra cosa.

—Caballero—dijo con altivez Doña Ana—¿quereis explicarme lo que significa todo esto? ¿en dónde me encuentro?

—Nada mas sencillo; en mi casa, en la casa de vuestro servidor, Don Cristóbal de Estrada, y á partir desde hoy, en vuestra misma casa.

—¿Don Enrique me ha hecho conducir aquí?.....

—Perdonad; Don Enrique nada tiene que ver en esto.

—Entonces, ¿me explicareis este misterio?

—Con mucho gusto, supuesto que ya nada se pierde: anoche os he encontrado saliendo de vuestra casa, sin duda para huir con Don Enrique, y dije para mí: Dios me depara esta buena presa; si de llevársela tienen los moros, que se la lleven los cristianos: y cargué con vos, y aquí estais á mi lado y en mi poder.

—¡Pero esto es indigno de un caballero!

—Doña Ana, quiero apelar á vuestra memoria: os ví, os amé, me dísteis esperanzas; aun mas, por algunos dias me hicísteis creer, como á otros mil, que me amábais; á poco otro hombre llamó vuestra atencion, y fuí olvidado: en vano rogué, lloré, supliqué; en vano pasé los dias y las noches rondando vuestra casa; nada, habia yo muerto para vos: ¿es esto digno de una dama?

—¡Don Cristóbal! tomais una venganza infame!

—Señora, os juro que en todo esto, parte ninguna tiene la venganza; os encontré á mi paso, y ¿qué queríais que hubiera hecho? era preciso ser de mármol para no aprovechar la ocasion: os tengo en mi poder; ¿creeis que el hombre que tiene en su poder á una dama tan hermosa como vos, puede dejarla así, con tanta facilidad? ¿qué tiene que ver con esto la venganza? lo mismo hubiera hecho aun cuando nada hubiera mediado entre nosotros.

—¿Es decir que estais resuelto á no dejarme salir de aquí?

—Eso será segun vuestro comportamiento.

—¿Cómo se entiende?

—Muy fácilmente; ¿consentís en ser mia? entonces libre sois de entrar y salir.....

—¡Don Cristóbal!

—¿Para qué he de engañaros? mi resolucion es que habeis de ser mia, por la razon ó por la fuerza.

—¡Nunca!

—Oidme, y sed razonable: ¿me habeis dicho una vez que me amábais?

—Os engañé.

—No; entonces me amábais.

—Bien; ¿y qué?

—Que no os será tan penoso pertenecerme.

—¿Despues de lo que habeis hecho conmigo?

—Culpad en eso al destino y no á mí.

—¿Pero podeis suponer que pueda yo consentir en ser la dama de un hombre?

—¿Qué otra cosa íbais á ser con Don Enrique?

—Su esposa.

Estrada lanzó una alegre carcajada.

—¿Y para eso huíais con él? Vamos, sois una niña; su dama seríais, y si así os agrada, podeis aún serlo, que bien vale la pena una mujer como vos de olvidar algo del pasado.

—Nada conseguireis de mí.

—Pensadlo bien; estais en mi poder, nadie podrá auxiliarnos aunque os busquen por todas partes, que estoy bien libre, aun de las sospechas; he tomado mis precauciones: conformaos, que sabeis que os amo; podeis ser feliz á mi lado;

vuestra resistencia es inútil, y al fin os dará el mismo resultado..... ¿Quereis que os pida desayuno? dispensadme, pero me habia olvidado con la conversacion.

—¡Nada quiero!—dijo Doña Ana.

—Vamos, ¿pensais moriros de hambre como las princesas de los cuentos?

Doña Ana, á pesar de su enojo, se sonrió; aquel hombre no le parecia un mal mozo.

Otra mujer, en aquella situacion, se hubiera desesperado; Doña Ana, acostumbrada á los galanteos atrevidos de los jóvenes de la ciudad, y habiendo oido contar tantas aventuras amorosas á sus amigas, no encontraba aquello tan trágico como una jovencilla inocente y cándida lo hubiera encontrado.

La verdad es que Doña Ana comenzaba sin disgusto á resignarse con su situacion, y lo único que la inquietaba era lo que sucederia con Don Enrique.

Estrada comprendia lo que pasaba en el corazon de la dama, y conoció que ganaba terreno con el trascurso del tiempo, que la empresa no era ni muy difícil ni muy larga, y que podia llegar por la casualidad á lo que no habria llegado con la constancia y el amor.

—Doña Ana—dijo—voy á mandar que os dispongan un desayuno y que os preparen otra habitacion mejor, porque estais aquí incómoda y necesitais descansar; la noche ha sido para vos muy angustiosa.

Doña Ana le miró sin contestar; pero en aquella mirada ya no habia rencor; quizá—pensaba ella—con la dulzura consiga mi libertad.

Don Cristóbal salió, y á poco dos esclavas negras sirvieron á Doña Ana el desayuno.

Varias veces aprovechó á hablarlas, pero no obtuvo con-

testacion; ó eran mudas, ó tenían severas prohibiciones que acatar.

Trascurrió una hora, y Don Cristóbal volvió.

—Señora—la dijo;—vuestra estancia está dispuesta, tened la bondad de seguirme.

Doña Ana esperaba ganar su libertad con aquel cambio, y siguió á Don Cristóbal sin resistencia.

Atravesaron varias habitaciones, subieron una escalera; despues cruzaron por un pasillo y penetraron en una estancia.

—Aquí podeis reposar un tanto—dijo Estrada.

Doña Ana recorrió con su mirada aquel aposento; tenía en el fondo una ventana, pero alta, y cerrada tambien por fuertes rejas.

Estrada comprendió su pensamiento.

—Es inútil que busqueis salida, si yo no os la proporciono—dijo;—esa ventana cae á las tapias elevadísimas del convento, y los frailes no han de venir por vos, ni vos tendríais tan mal gusto de cambiarme por uno de ellos: descansad, y no penseis sino en lo que os he dicho; mia, por la razon ó por la fuerza; no tengo mas que una palabra.

—Váisme agradando por vuestra audacia, y casi me pareceis un hombre digno de ser amado.

—Dios lo haga, por evitaros disgustos y por hacerme feliz: descansad.

Y Don Cristóbal salió, cerrando con llave la maciza puerta.

—¡Dios dispondrá!—exclamó Doña Ana, y se arrojó vestida sobre el lecho que había en el aposento.

A poco rato dormía tranquilamente.

.....

.....

Exquisitas diligencias se hicieron por Doña Fernanda para saber el paradero de Doña Ana, y como no dieron resultado de ninguna especie, aquella señora se fijó en que Don Enrique era el raptor, en que la aventura de los embozados era todo comedia, y en que el jóven, maliciando la red que se le tendía, había ganado por la mano, como decia el vulgo.

Por su parté Don Enrique hizo algunas averiguaciones, y convencido de que nada llegaría á saber, se figuró que el rapto había sido una intriga, y la cita una celada para asesinarlo, y creyó que en esto estaban de acuerdo Doña Ana y el Indiano.

Determinó olvidar á aquella mujer y esperar en el porvenir la solucion de aquel enigma.

Fácilmente se resignaba Don Enrique; pero su alma comenzaba ya á preocuparse con la misteriosa beldad de la calle de Tacuba.

Con objeto de disipar sus negros pensamientos, y con el interés de ver de nuevo á la dama, Don Enrique pasó varias veces por la calle en que la había visto por vez primera, se detuvo enfrente de la casa, y procuró averiguar con los vecinos su nombre y calidad.

Lo mas que logró alcanzar, fué que aquella mujer había llegado hacia poco tiempo de fuera, sin saberse de dónde, que parecia ser muy rica, que casi todos sus criados eran indígenas que no hablaban el castellano, por lo cual nada se podia saber por ellos, y finalmente, que la tal dama llevaba una vida tan misteriosa, que los vecinos solo habían podido juzgar de su belleza el dia de San Hipólito, que la habían visto en el balcon de su casa.

Don Enrique se desesperaba, y los dias pasaban y la bella desconocida parecia haberse evaporado.

Doña Ana no había vuelto á aparecer en la sociedad, y

poco á poco se olvidó el asunto del rapto, y ya nadie hablaba de él.

En cambio, la casa de Don Cristóbal de Estrada habia cambiado en su modo de ser; no era ya la habitacion del hombre solo, se conocia que aquella casa comenzaba á tener su vida de familia; no mas que la señora de allí no se dejaba ver mas que de las esclavas de gran confianza.

Doña Ana no estaba ya prisionera, y Estrada se habia retirado de los bailes y de los paseos; sus amigos decian que se habia metido á buen vivir.

Solo el Indiano conocia el secreto de aquellas transformaciones.

X.

Las pretensiones de una monja.

AUNQUE Don Enrique no fuera culpable del rapto de Doña Ana, su nombre andaba mezclado de tan diversos modos en las conversaciones que se siguieron al escándalo, que nadie habia en México que no lo culpara, cuando menos, de ser la causa de aquel acontecimiento.

Su fama de seductor con las muchachas, creció al par de la indignacion de los padres y de los hombres juiciosos, y llegó esta á tal grado de exaltacion, que comenzó á publicarse contra él una especie de cruzada, para que no se le recibiese en las casas, y se le vigilase como á un malhechor.

Natural era que aquellas voces llegaran hasta el convento de Jesus María, y que Don Justo quisiera aprovechar la disposicion de ánimo en que tales especies pondrian á la abadesa.

Esperó algunos dias con objeto de que su presencia en